

Raúl Ignacio Verano

ANAXALIMMA

 **DE LOS CUATRO VIENTOS**
EDITORIAL

Verano, Raúl Ignacio

Anaxalimma - 1a ed. - Buenos Aires: De Los Cuatro Vientos, 2008.
256 p.; 20x14 cm.

ISBN 978-987-564-948-4

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Ilustración de tapa: Ariel Gulluni

Diseño de tapa: Rodrigo Fernández Donsión

Diseño de interior: Emanuel A. Blanco

© 2008 Raúl Ignacio Verano

Reservados los derechos

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 978-987-564-948-4

Impreso en Argentina

De Los Cuatro Vientos Editorial

Balcarce 1053, Oficina 1 y 2

(1064) - San Telmo - Buenos Aires

Tel/fax: (054-11)-4300-0924

info@deloscuatrovientos.com.ar

www.deloscuatrovientos.com.ar

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor.

PRELUDIO

Despertó, y con un atisbo de curiosidad se observó a sí mismo.

—¿Eres ese realmente tú? —le dijo a su reflejo, extrañado.

—¿O es esa la máscara que muestras al mundo?

¿Eres tú, o es el que quieres creer que eres?

¿Es eso solo la apariencia que les muestras a ellos?

Sí, ellos...

¿O acaso creías que tu vida te pertenece?

No... estás actuando un papel: el papel del personaje que crees ser, de aquel que te gustaría ser.

Pero,
¿y ahora?

Solo ante ti mismo...

¿es el actor a quién estoy mirando, o al personaje?

No lo sabes, ¿no es así?

No puedes marcar la diferencia.

Crees tanto en ti mismo que los has convencido a todos,
y ya no hay diferencias.

Tú eres ambos...

Eres lo que haces,
lo que vives,
lo que sientes...

Ya no hay actor, ni personaje,
ya no hay nadie más: sólo quedas tú.
El personaje eres tú.

Pero dime, ¿y ellos?
¿Qué harías con tu vida si no hubiera nadie para observar
tu actuación?

¿Qué es lo que realmente harías si no existiera nadie, ni
nada, que pudiera verte?

¿Qué harías si tuvieras el conocimiento certero
de que no existe ninguna otra entidad
capaz de comprender ninguno de tus actos,
más que tu mismo?

¿Harías lo que haces si supieras que nadie jamás lo sabrá?

¿Te lo has preguntado?

Sí...
te lo has preguntado...
A cada momento,
con cada paso...

‘Lo hago por mí mismo’ dices a menudo,
orgullosa.

Y mientes.

Nada de lo que haces es para ti.
Todo lo que haces por ti mismo te cambia,
de forma que otros puedan percibir ese cambio.

Y alabarlo...

O condenarlo...

No importa realmente lo que digan,
sólo necesitas que alguien lo sepa.

Y con eso solo te basta.

Todo lo que haces,
es para que otros puedan verlo.
Y juzgarlo.

No eres nada sin el resto.

Esa es la verdadera razón de tu existencia: el resto.
Eres una pieza de algo.

Cada pequeña acción que tomas,
cada pensamiento que tienes,
(aún ahora, hablando solo frente al espejo)
sólo tiene sentido porque existen otros para escucharte.

O porque existirán.

Eres una criatura social.

Proclamas a los cuatro vientos ser un individuo,
pero en el fondo,
en la más profunda grieta de tu ser,
sabes que mientes:

No eres nada sin el resto.

Eres una criatura social.

Y cuando finalmente lo aceptes,
entonces todas las cosas, **todas**,
comenzarán a tener algún sentido...

LA LLAMADA

Con el amanecer, los jardines elevados de Reikjavik renovaban poco a poco su tímida vida incipiente. En la superficie, ordenadas con casual pero simétrica disposición, afloraban variadas y exuberantes plantas decorativas, diseñadas exclusivamente con este propósito. Clorofila, acrílico y acero cromado conjugados en una curiosa sinfonía artificial. Plataforma, pasaje recreativo y vasta jungla cibernética a 350 metros del suelo, dominaba el pasaje superior entre la Torre de Bio-Incubación de Zenit y el mismísimo Centro Administrativo Metropolitano. Un suave hilo artificial de naturaleza, entre dos de las enormes moles de metal-policarbonado y cristal que se elevaban como negras estalagmitas hacia la bóveda celeste. Y por debajo, retorciéndose en el suelo, la vasta orbe verde y gris. La plataforma no era más que un cordón umbilical entre dos frías torres cibernéticas, un lazo vivo entre dos terribles masas muertas: una grotesca ironía. Pero nadie parecía advertir la extravagancia del asunto. Es la costumbre la que siempre termina por imponerse a la curiosidad.

Y en el año 5704 de la Era Clónica, la humanidad ya se había acostumbrado prácticamente a todo.

Como pequeñas motas de polvo, algunos habitantes de otros niveles hacían su paso por el lugar, en su mayoría ejecutivos, ajenos por completo al fresco aire matinal y a los tímidos rayos de sol que los cegaban ocasionalmente, juguetones. En un silencio casi absoluto, el monorriel antigravitatorio se deslizó sobre el sitio a toda velocidad. Fue entonces que la mujer comenzó su llamada desde una cabina semi-pública.

–¿Es esta línea segura? –se escuchó decir a la voz masculina del otro lado del videófono. La pantalla solamente presentaba estática. Si respondía que *sí* directamente, entonces debía esperar lo peor.

–No tan segura como tu trasero en esa silla –respondió ella imitando su tono de seriedad. –No, no me han atrapado... todavía... debo tener la piel demasiado escurridiza...

–Nunca tomarás nada en serio... –dijo él con cierto alivio. –A veces creo que en el fondo nos consideras a todos piezas de un simple juego, ¿sabes? Bueno, no puedes darte el lujo de perder si sólo tienes una oportunidad para jugarlo...

No esperaba una respuesta a su queja, ni tampoco la obtuvo. Por lo que suspiró y continuó diciendo: –Tres semanas sin contacto. Supongo que no me llamas para preguntar cómo anda todo por casa, ¿no es cierto?

–¿Y si así fuera? –respondió ella.

–Entonces realmente creería que estamos en problemas...

No pudo evitar sonreír. Siempre la hacía sonreír cuando dejaba de lado la seriedad y la suplantaba con ironía.

–En fin, –continuó diciendo él– veo que vienes con algún retraso, pero supongo que todo sigue de acuerdo al plan. He tenido tiempo de sobra para encargarme de todo lo que pediste.

–No esperaba menos de ti. ¿Guardias?

–Lo usual en el perímetro. En el interior se modificaron las rondas esta semana. Dos drones por el corredor A-7. Otro en la cámara de recambio. Tres en el hangar, y eso será todo. No hay cambios de turno hasta las 4:30.

–Excelente. ¿Y en la cabina de seguridad?

–Los encargados del sector son novatos. Para cuando noten que hay una reproducción en sus monitores, el grupo estará demasiado lejos... Pobres bastardos, esto les costará su puesto...

–Bien, piensa que al menos conservarán la cabeza... –respondió ella. Repasó el plan mentalmente y agregó–: Entonces está todo listo. ¿No?

–Así es. ¿Será mañana mismo?

Las palabras la golpearon con una suave sacudida de angustia. En vez de contestar, observó una pequeña bandada de pájaros posarse cerca del lugar donde estaba. Chillando alegremente, comenzaron a caminar y picotear el suelo. Un pequeño robot de mantenimiento se movió velozmente, dirigiéndose hacia ellos, sin prestarles ninguna atención. En vez de emprender vuelo y huir, se limitaron a abrirle paso, y luego volvieron a ocupar el mismo sitio como si nada hubiera ocurrido. “Si eres flexible, permanecerás intacto” pensó ella para sus adentros, y se maravilló ante la idea. “¿Que fue eso?” se preguntó, pero por más que lo intentó, no pudo recordar dónde lo había escuchado. En realidad, era una modificación espontánea de algo que conocía, pero no lo relacionó hasta mucho después. Lo cierto es que la idea prendió fuerte en ella a partir de ese momento. “Debo ser flexible”, se dijo. Fue él quien rompió nuevamente el hechizo y la hizo volver. Como si hubiera estado escuchando sus pensamientos, le dijo:

–Sé que esto sonará un poco estúpido, pero intenta volver en una sola pieza, ¿sí?

Con eso la voz de ella se endulzó, como si recién ahora tomara conciencia de que esta podía ser su última charla. Y en lugar de responderle, dijo lo que estaba pensando en ese momento.

–Te extraño, ¿sabes?

–Te has rodeado de peligros y conspiraciones –respondió él con un tono de fingida indiferencia. –No es raro que extrañes tener alguien en quien confiar.

–Es probable, sí... –aceptó ella– y alguien que no tiene ningún reparo en decirme siempre lo que piensa... Pero no... –bajó

la voz, como si se avergonzara un poco de sus palabras—, esta vez te extraño a ti.

—¿Y al resto?

—El resto es parte de mi personalidad. Me conoces lo suficiente. Sabes que no puedo evitar tomar lo que necesito cuando lo necesito. Quizás nunca vuelva a decirte esto, pero...

Hizo una pausa, dudando.

—¿Pero? —preguntó él.

—Pero de poder elegir, tú eres el único al que elegiría...

Hubo un silencio.

—Sé cuando mientes... —le contestó, y para sus adentros supo que estaba diciendo la verdad. “Eres capaz de tener sentimientos, después de todo”, pensó para sí mismo, pero en cambio le dijo:

—Prométeme que volverás.

—No puedo hacerlo, ni yo misma lo sé —replicó ella.

Robar el prototipo sería fácil, pero no tenía idea de lo que les esperaba luego. Nunca se había detenido realmente a pensarlo. Siempre supuso que debía continuar con su plan hasta el final. Una vez que tomó la decisión, el resto fue limitarse a seguir con el impulso. “¿Y de qué servirá todo esto si solamente consigo que nos maten a todos?”, se preguntó, y descubrió que no tenía una respuesta a eso. Sólo sabía que debía intentarlo, o jamás se lo perdonaría. Y para ello debía arriesgar la vida de todos, así como había arriesgado la de él durante todo este tiempo. Aunque ahora no encontrara ninguna razón valledera para hacerlo. Pero él era distinto; él conocía sus planes, él lo sabía todo. ¿Y su equipo? Ellos conocían el riesgo, pero ¿la acompañarían de saber toda la verdad? ¿Irían si supieran sus verdaderos motivos para llevarlos? “Soy una maldita perra egoísta” se dijo a sí misma. Ya no había forma de volver atrás. Era demasiado tarde. “Bien, cada cual sabrá cuidar de

su trasero de ahora en adelante. Lo único que puedo prometerles es que con lo que me queda de decencia, yo velaré por el de todos...”. Entonces la asaltó otro pensamiento aún más extraño. “Aunque ahora que ha llegado el momento, lo único que quiero es estar con él. Al diablo con las conspiraciones, el espionaje, Zenit, Perséfone y esta estúpida Guerra Corporativa...”. Y con ese pensamiento, por primera vez en mucho tiempo, se sintió terriblemente frágil. Y sola.

—¿Todavía estás ahí? —le preguntó la voz del otro lado.

—Sí... discúlpame. Este asunto me tiene un poco alterada, ¿sabes? —e intentó cristalizar en palabras los extraños sentimientos que la asaltaban.

—Te dije que no podía prometerte volver... pero puedo prometerte otra cosa —le dijo, y su voz cobró nuevamente seguridad, pero una seguridad distinta a la que siempre presentaba. No había en ella rastros de soberbia o altivez, sino la seguridad que surge de la propia aceptación. La seguridad de saber que podía mostrarse tal cual era, y ser aceptada.

—Ya no puedo volver atrás todo esto, ahora soy sólo una piedra más en esta enorme avalancha. Y créeme que ya es demasiado grande para que intente detenerla. Pero lo he decidido: si vuelvo con vida, mandaré todo al diablo y no volveré a separarme nunca más de ti.

Era demasiado. Nunca había sido tan sincera. Siempre se había mostrado fría, ambiciosa, calculadora... Y no era que no la quisiera de ese modo, así era ella. Era de ese modo, y él la aceptaba. O al menos eso había creído todo este tiempo... Pero pensándolo mejor, esas eran las cualidades de ella que soportaba, no las que amaba. Ahora se había revelado de otro modo, más cálida, más humana... Del otro lado del videófono, cerró los párpados y respiró profundamente una sola vez, intentando contener la humedad de sus ojos. Lo había atravesado con

sus palabras. Nunca antes había admitido que lo necesitaba. Le pareció en ese momento que no había nada más terrible ni nada más maravilloso en el mundo que sentirse necesitado. Porque él también creía que su coraza lo protegía, en vez de aislarlo. Creía que era inalcanzable, majestuoso, perfecto. Creía que su verdadero yo yacía protegido detrás de una armadura emocional, intocable, eterno. Pero ella la había atravesado, de un solo golpe. Salvaje, sincera, implacable. Recién ahora era plenamente consciente del cambio. Sentirse tan frágil, tan sencillamente humano, lo hizo temblar de miedo.

Habló sin emitir ningún sonido, y en sus labios se formaron solamente dos palabras: te amo. Tardó unos instantes más en recuperar el habla, pero ella ya estaba lejos del lugar cuando finalmente se decidió a cortar la comunicación.

Espera. Cuatro, tres, dos, ¡ahora, salta! Golpe. Corte. Abajo. Salto. Dos, tres, ¡esquiva! Corta, corre. Espera. Cinco, cuatro, tres, dos, ¡ahora! Gira, corta... ¡¿Otro?! (¡mierda!) Salta, dispara... (estuvo cerca...). Señal... espera. ¡Ahora! Corre. Pasillo. ¡¿Disparos?! ¡Detrás de ti! Rueda, esquiva, ¡fuego! (zap, zap, dos menos...). ¡Atrás! ¡Fuego! ¡Corre! Corre... corre... ¿Puerta? ¡Maldición! ¡Vamos muchachos! (¡Shhh! ¡Silencio!) Pasos. Escucha. Dos más. ¡Sorpresa! (¡kaboom! Je, je...). ¡Clic! ¡Eso es! Adentro. Tres más. Granada, salto, disparo, ¡boom!, rueda, dispara... gemido... ¡adiós! Silencio.

Plip... silencio... escucha...

Plop... despacio... ¿nada?...

Plip... Nada. Tranquila...

Pluc... Enderézate y observa.

Plic... Nada...

¡Ok!

–El camino está despejado –dijo la voz de Kali por el intercomunicador. Su voz no estaba ni siquiera un poco agitada.

El grupo cruzó el perímetro a toda velocidad, siguiendo la ruta que ella había tomado. Corriendo, no había tiempo que perder. ¡Cuidado! Casi resbaló con la sangre. (¡Dios! ¡Ella está de nuestro lado?!). Otro corredor. Más guardias (muertos). Mala suerte. No importaba. No había tiempo de mirar, había que correr.

–Ahí es –señaló él–. Ese es el hangar.

Entraron.

“Es demasiado pequeña”, pensó. Pero no lo dijo: le faltaba el aire. Prefería no pensar en eso. La escotilla estaba abierta, ella ya estaba en la cabina, preparando el despegue. La carrera terminó y ni siquiera lo había notado, estaban adentro. Volvía lentamente en sí. ¿Había sido real?

Respiró profundamente y miró a su alrededor. Angel se aferró a su brazo, también intentando recuperar el aliento. Estaba feliz. ¿Feliz? ¿Por qué? Recordó nuevamente la sangre y se le revolvió el estómago. No, no debía pensar en eso. Estaban allí. Había terminado, era hora de respirar (y de calmar sus latidos, antes de que el pecho le estallara). Era pequeña, muy pequeña... Quiso olvidar la sangre, quiso ignorar las paredes... “¡Mierda!” pensó mientras caía al suelo, “nos podría haber avisado...”.

–Disculpen la falta de delicadeza, señoritas –dijo ella por la red como si hubiera podido escuchar su pensamiento –... pero

el tiempo apremia. Como habrán notado, estamos despegando. Todos estudiaron el mapa de la nave, así que desempaquen y disfruten del paseo. Saltaremos al hiperespacio en tres horas. Un solo consejo, novatos: no coman nada que no quieran volver a ver...

¿Eso era *sarcasmo*? Ella lo estaba disfrutando, evidentemente. Increíble. Un simple paseo... en un prototipo robado... a una Mega-Corporación... a 135 años luz de la Tierra... en medio de una guerra... ¡Perra! Quiso golpearla, pero ni siquiera estaba cerca. Pensó en ir a buscarla. Recordó los cadáveres y decidió que tal vez no era una buena idea.

Debía pensar en otra cosa. Sintió la mano en su hombro. Giró el rostro: era una cara conocida, una cara amiga.

—Ya está hecho —le dijo él.

Lo entendió y con eso aflojó los hombros. Era cierto, ¿de qué se preocupaba? Intentó respirar profundamente y sonreírle en respuesta, pero no pudo. Ya no había vuelta atrás, lo sabía. Tuvo la extraña sensación de que ya nunca volvería a ver su hogar, que ese sería su último viaje, el fin del camino. Vio la muerte esperándolo con níveos brazos, sonriente, a su llegada. Deseando abrazarlo, llevarlo lejos. Sacudió la cabeza, intentando ahuyentar la imagen. Se dirigió a la cabina, musitando, y su mente muy pronto se pobló de variados pensamientos. Tenía asuntos más reales y más urgentes de qué ocuparse.

Jamás sospechó que la muerte no se olvidaría de él.

LYNN

Tres semanas antes, en una habitación en el piso 253 del complejo habitacional Giba, contemplaba con mirada extrañada la puesta del sol a través de un ventanal semi-polarizado. Todavía con su casco nervoestimulante sobre la falda, estaba utilizando sus propios ojos por primera vez en las últimas 48 horas. La habitación que lo rodeaba hervía silenciosamente con un hormigqueo de luces y proyecciones holográficas, disimuladas por las gruesas marañas de cables, tubos y consolas que parecían tapizar la superficie de las paredes. Pero lejos del desorden tecnológico que lo rodeaba, y ajeno a su propia condición física, al hambre, al sueño y al agotamiento, observaba ausentemente el atardecer en un *impass* de tranquilidad, mientras intentaba asimilar todos los conocimientos que había adquirido en su última jornada. Sus párpados se entrecerraban sobre los ojos enrojecidos, mientras casi con un destello de irrealidad, su cerebro seguía procesando el impresionante caudal de información que había conseguido en relativamente tan poco tiempo. Su nombre era Sayago.

Cerró el puño instintivamente para sentir los dos anillos de plata en su dedo anular, y luego los observó, intentando recordar algo. Estaba mucho más cerca. Pero en el fondo, lo que más lo inquietaba era el conocimiento de la existencia de toda esa información que le estaba siendo ocultada. El asunto era demasiado vasto. Una increíble red de conspiraciones, de nombres, de alianzas, de sabotajes... Nunca había sospechado la verdadera magnitud del espionaje corporativo, aún en una ciudad tan compleja como Reikjavik. Bajo la fría fachada del poder y los negocios, una verdadera guerra se estaba llevando a

cabo. Desde qué momento, no podía asegurarlo, probablemente desde siempre. Económico-política en las ciudades, y crudamente militar en las colonias. Ya no era un ciudadano común y corriente. Ahora sabía la verdad, o al menos una buena parte de la verdad que las Corporaciones ocultaban al público en general. Pero realmente poco de esto le importaba: debía encontrar a Lynn. Y en lo que a ella se refería, todo desembocaba tarde o temprano en un mismo nombre: Perséfone. Pero sea lo que fuere ese nombre clave, y lo que detrás de él se ocultaba, sólo había conseguido averiguar una cosa: que era totalmente inaccesible.

Una vez que sus piernas se hubieron desentumecido, se levantó tembloroso y se dirigió hacia la puerta. El panel de flexiglass se abrió y se volvió a cerrar detrás suyo sin emitir ningún sonido. En la habitación contigua, sentada frente a una mesa de acero cromado, y llevando delicadamente a sus labios una taza de café humeante, había una joven mujer. Sus rizos dorados, todavía húmedos, le caían graciosamente sobre los hombros. Estaba vestida con una larga bata de una tela sedosa y brillante. En su mano brillaban un anillo de oro y otro de plata. Sonrió con dulzura al verlo entrar, y sus enormes ojos celestes parecieron aún más brillantes. Su nombre era Angel.

—Veo que has estado ocupado —le dijo sin borrar la sonrisa de su rostro. Su voz era aguda pero musical, como una fuente danzarina.

Él se limitó a esbozar una torva sonrisa de cansancio y desplomarse en la silla frente a ella, cruzando los brazos sobre la mesa, y dejando caer luego su cabeza encima de ellos.

—Estuve buscando a Lynn —fue su respuesta después de un rato. Su voz estaba ronca por el cansancio.

Ella se puso seria. —Ya sabes que no es ético inmiscuirse en los proyectos de tus compañeras, especialmente cuando traba-

jan para distintas Corporaciones que tú... –y luego de tomar un sorbo, agregó– ... como resulta ser mi caso y el de Lynn.

Pero él no iba a rendirse tan fácilmente.

–Tengo derecho a saber por qué mi compañera se encuentra en un proyecto tan ultrasecreto que ya han transcurrido dos semanas y ni siquiera puede llamarnos para decirnos que todo marcha bien...

–No, no lo tienes... –respondió ella, y su voz volvió a suavizarse–, pero te entiendo: yo también la extraño terriblemente.

–La verdad es bastante más complicada de lo que supones.

–¿En serio? ¿Qué averiguaste?

–Muchas cosas –respondió con cautela, levantando la cabeza para mirarla por un instante y luego volver a apoyarla–, demasiadas. Pero en lo que respecta a Lynn, todo muere detrás de un proyecto de Zenit llamado Perséfone.

–¿A qué te refieres con “todo muere”? Dudo que se haya inventado un sistema al que no puedas penetrar... –dijo mientras extendió el brazo para acariciarle la cabeza.

Él hizo caso omiso de su comentario.

–Está rodeado de Ambar –dijo finalmente como si hubiera pronunciado una maldición. –No puedo tocarlo sin freírme. En menos de cinco minutos tendríamos un escuadrón antiterrorista entrando por las ventanas... Es inviolable.

Ella lo miró detenidamente. Al igual que él, se daba cuenta no del hecho, sino de las implicaciones.

–Lynn no es más que una bióloga molecular –dijo con cierto escepticismo. –Sus colegas me han dicho que es buena, cierto. Pero, ¿qué puede ser tan secreto?

–¿No te comentó nada de este proyecto en el que está involucrada, no?

–No. Nunca hablamos de trabajo. Siempre respetamos la privacidad de cada uno en eso, al igual que contigo. ¿A ti te comentó algo?

—No.

Luego, ambos se zambulleron en sus propios pensamientos, y ninguno de los dos volvió a emitir ningún sonido en la superficie por un buen rato. Al cabo de unos minutos, ella se levantó, lo abrazó, y le susurró al oído.

—Debes transferirte de una vez o te harás daño. Has pasado días conectado, ¿no es cierto?

Y con eso le dio un beso en el cuello. Emitiendo un suave gruñido, él se levantó con cierta dificultad y se dirigió hacia otra habitación. Ella lo siguió con la mirada todo el trayecto, sonriendo, pero sus ojos seguían pensativos y dejaban traslucir un poco de la preocupación que hasta el momento había intentado reprimir. Sayago le había mostrado un hecho que, una vez conocido, era tan obvio que ya no podía ser ignorado. Este trabajo en que Lynn se había involucrado escapaba a una investigación normal, era un secreto de máxima prioridad. ¿Un secreto para quién? No para ellos, seguramente, sino para las otras Corporaciones. Zenit estaba haciendo algo que otras Corporaciones no debían saber, algo peligroso, algo que le arrebatarían para su propio beneficio si pudieran. Y eso sólo podía significar una cosa: que Lynn estaba en peligro.

La habitación permanecía en penumbras. Sayago no se molestó por modificar eso, ya que sus ojos cansados ansiaban la oscuridad. La poca luz circundante provenía de los grandes tubos transparentes que la poblaban. Algunos estaban vacíos, pero dentro de la mayoría de ellos, sumergido en un líquido burbujeante, flotaba verticalmente un cuerpo humano. Se acercó a uno. Era una muchacha joven, de largos cabellos rojos como el fuego, que flotaban libremente sobre su desnudez como una viva corona de algas. Su piel era blanca y tersa, sus facciones sumamente delicadas. Flotar en ese líquido parecía

ser su estado natural. Mirando su expresión, cualquiera hubiera dicho que dormía un sueño agradable. Pero Sayago sabía que no dormía. Ella ni siquiera estaba allí.

La observó detenidamente, posó su palma sobre el tubo, y suavemente, casi en un susurro, le dijo: –Lynn...

Luego de unos minutos, dio lentamente media vuelta y se dirigió a otro tubo. Esta vez, era el cuerpo de un hombre. Sayago levantó la mirada, y lo observó con recelo. Nadie que los hubiera visto, habría podido diferenciarlos, excepto por el hecho de que uno estaba flotando desnudo en un tubo transparente y el otro no. A pesar de la costumbre, la impresión de observar sus propios cuerpos nunca lo abandonaba por completo. “¿Ese soy yo?” se preguntó. “No, seguramente si me encontrara frente a frente conmigo mismo, no me reconocería, mi sentido de individualidad me lo impediría. Una copia no es una extensión”, y con eso bajó la cabeza, sacudiéndola levemente. “Además, podría verme distinto y seguir siendo yo”. Volvió a mirar el cuerpo, y cerrando uno de sus ojos extendió un brazo y lo midió con su pulgar, como un artista.

–¡Una verdadera obrrrra maestrrrrra! –dijo en un tono fingido. Quitarle seriedad a las cosas que lo inquietaban era su mecanismo de defensa predilecto, aunque él mismo lo ignorara. Suspiró, inclinando su cabeza hacia un costado.

–Inicio de transferencia –dijo finalmente en un tono neutro.

–Secuencia de transferencia activada –respondió una cálida voz femenina. La luz de uno de los tubos vacíos se prendió. Sayago se quitó pesadamente la ropa, y se dirigió hacia él.

Angel estaba sentada en un sillón, una especie de cáscara oval por fuera recortada en una superficie esponjosa ergonómica auto-ajutable por dentro. Estaba vestida con uno de esos

tradicionales vestidos orientales que se habían puesto de moda en los últimos años en Reikjavik, con diseños de dragones, flores y antiguas naves estelares. Llevaba su rubia cabellera recogida en un rodete por encima de la nuca. Su mano jugueteaba con una esfera facetada de un material opaco. A medida que la giraba, distintas holografías se proyectaban en el aire. Todas ellas eran distintas imágenes de Lynn. Tan sumergida estaba en su actividad que no notó el momento en que Sayago entró en la habitación.

–Voy por ella –se limitó a decir. Ahora tenía otro aspecto, completamente renovado. Su pelo negro caía en un mechón sobre la mitad derecha de su rostro, y sus músculos se marcaban debajo del traje ajustado de spandex-orgánico, completamente negro. Parecía calmo, pero sus ojos reflejaban ese fuego interno que Angel conocía tan bien. No habría forma de disuadirlo.

–¿Y qué piensas hacer? –le dijo, dejando de lado la esfera holográfica.

–He encontrado algunos datos interesantes en mi búsqueda –y se detuvo, como si midiera cuidadosamente las palabras que iba a pronunciar–, pienso usar algunos de ellos para obtener ayuda de gente con más recursos.

Ella lo miró con desconfianza. –¿Chantaje? –le dijo. –Con eso no lograrás más que matarnos a todos...

–No –respondió él. –Pienso intercambiar información útil por la información que no puedo obtener de otro modo.

–¿Espionaje?

Él no respondió. No sonaba tan agradable puesto de ese modo.

–¿Y si tu “cliente” cree que sabes demasiado y que eres demasiado peligroso para seguir con vida? ¿O si considera que contigo suelto sus propios secretos tampoco están a salvo?

Era lógico. Angel era hermosa pero no estúpida.

–Es el peligro que debo correr... –contestó, sabiendo que era cierto pero no tenía otra salida. –Porque luego de la información que he visto, realmente *soy* peligroso para muchas personas importantes...

Eso era lo que Angel temía. Primero Lynn, y ahora Sayago. Ambos habían llegado al punto de inflexión del cual no existe retorno. Ya no podían dar media vuelta y seguir con sus vidas como si nada hubiera ocurrido.

–Bien... –dijo finalmente. –Si debe ser de este modo, entonces vamos...

Y con eso se puso de pie de un salto. Sayago la miró con sorpresa cuando captó el significado de sus palabras.

–No. No permitiré que tú también te pongas en peligro –le dijo.

–Yo ya estoy en peligro por el solo hecho ser tu compañera –adujo ella sin ningún tono de reproche, simplemente exponiendo los hechos. –Y más aún, por ser la compañera de Lynn, si lo que suponemos es cierto... Pero justamente porque soy su compañera no los voy a abandonar ahora. Si existe una posibilidad de que volvamos a estar los tres juntos nuevamente, entonces yo también haré todo lo que esté a mi alcance para convertirla en realidad.

Sayago abrió la boca para replicar, pero no había réplica posible. Él ya había decidido arriesgarse para volver a encontrar a Lynn, y por eso comprendía perfectamente la decisión de Angel. Pero hasta ese momento, nunca había pensado que también podía perderla a ella. El pensamiento lo hizo estremecerse.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Angel se acercó a él y lo abrazó con fuerza. Él levantó su rostro y se besaron, abandonándose momentáneamente el uno al otro. Había de-

cido tiempo atrás que cuidaría de esos dos a expensas de su propia vida, y ese sentimiento no hizo más que reforzar el amor que sentía por él. Pero del mismo modo, también acrecentaba el vacío que sentía por Lynn. —No temas, vamos a recuperarla... —le susurró al oído. Pero no pudo decidir si le hablaba a él o a sí misma.

Recuperarla o no, esas eran las únicas dos posibilidades que atravesaron la mente de Angel en ese momento. Ni ella ni Salyago sospechaban que existía una tercera.

EL LOBO Y EL GUARDIÁN

Desde la vacía profundidad del mar espacial, avanzando con silenciosa pero arrolladora inercia, los cruceros de Zenit se abrieron paso hacia la segunda luna de Anaxia. Eran alrededor de treinta y se movían conjuntamente, delineando la superficie de una esfera imaginaria. Dentro del perímetro que formaba la esfera, podían verse algunas de las naves más variadas: fragatas, destructores, naves de apoyo, módulos de invasión; atestadas hasta el último metro cúbico de vehículos aéreos y terrestres, equipo, armamento, suministros. Otras, en cambio, eran un conjunto de túneles similares a hormigueros, con hangares repletos de cientos de cazas alineados. Y dentro de otras, miles y miles de soldados esperaban suspendidos en sus módulos de hibernación, listos para ser reanimados en el momento del desembarco.

Así llegó la flota de Zenit a Anaxia, y es de esta forma que la vio por primera vez su enemigo al salir del hiper-espacio. Sin embargo nadie lo vio a él. Nadie supo que observaba, ni que esperaba pacientemente el momento para hacer su movida.

El puesto de mando de la Nave Insignia vibraba con eléctrica actividad. Cada hombre, conectado neuralmente a la red de control de la nave, se concentraba exclusivamente en su tarea, como el simple individuo de una colmena. Aunque las abejas jamás hubieran imaginado la presión a la que estaba sometido cada uno de ellos. Ellos eran el corazón y la verdadera vida del crucero, y sobre sus hombros residía la responsabilidad de proteger todas las vidas indefensas que transportaba el resto de la flota. En el espacio, los tripulantes eran

responsables de todo, y sin embargo, su número por crucero no superaba la docena. En su puesto no había lugar para las dudas o los errores: la vida de toda la flota dependía de que cada uno realizara su tarea con inefable precisión. Pero estos eran hombres entrenados, veteranos de muchas batallas, la verdadera elite. Juntos, eran más que un equipo, eran una comunidad, una consciencia colectiva. No había nadie más capacitado para realizar su función, ni siquiera la más perfecta de sus creaciones.

La tecnología sola no podía equiparar el genio y la impredecibilidad del hombre: las máquinas no podían ganar una guerra. Pero el cuerpo humano, por sí solo, era demasiado frágil. Esta aparente simbiosis, el hombre-máquina, el hombre que utiliza y a la vez catapulta la tecnología hasta el extremo, parecía capaz de lanzarse a la conquista del infinito. Conscientes a medias de esta terrible responsabilidad con su raza, la tripulación del Crucero Insignia se preparaba para la batalla. Y con un sentimiento de inexplicable grandeza, y de orgullo, partían a enfrentarse contra el miedo más antiguo y profundo de la humanidad: lo desconocido.

—Nos estamos acercando, Señor —sonó la voz neural en el cerebro de Etiennot—. El enemigo entrará en nuestro campo visual en menos de 4 minutos.

Entronizado en el puesto de mando, Etiennot Fenris permanecía casi inmóvil, conectado a la red mediante el dispositivo que rodeaba buena parte de su cráneo. Sus ojos estaban abiertos, pero miraban hacia el infinito, escudriñando la imagen que la red neural simulaba sobre su verdadera visión. La expresión de su rostro era grave. Marcus estaba a su lado. Juntos, estaban conectados a las funciones de más alta jerarquía en la red, no sólo de la nave sino de la flota. Su voluntad era

transmitida instantáneamente a través de los hilos invisibles, y tenía el poder suficiente como para ignorar por completo a la tripulación y ejecutar directamente cada una de sus órdenes. Aunque este poder sólo les confería autoridad y no el intrincado manejo de cada mínimo aspecto de cada nave. El poder era real, pero no aplicable: era infinitamente más eficiente dar órdenes a la tripulación, y confiar en que cada uno haría su trabajo. Juntos, Etiennot y Marcus eran la reina de la colmena, no la colmena.

La visión de Etiennot se centró en el horizonte de la segunda luna. Su contorno violáceo, contra el blanco rojizo de Anaxia, le hubiera parecido en otra época un cuadro realmente fascinante. Pero no esta vez. Etiennot observó la apacible esfera como un arbusto bajo el cual se esconde un nido de serpientes. Debía acercarse y golpear con su bastón cuando todavía sabía que estaban allí, pero no lo haría de buena gana.

Cortando su semi-ensoñación, los intrusos entraron en el campo visual y brillantes líneas neurales en su visión los señalaron. Realizando un acercamiento progresivo, los inocuos puntos se transformaron en dos enormes astronaves, de una naturaleza notablemente ajena a los diseños ortodoxos humanos. En su superficie, brillantes destellos trazaban el camino de finas venas de energía. Los datos de la red comenzaron a títular con el análisis preliminar de dimensión: 28.5 kilómetros de largo, 6.2 de alto, 9.4 de ancho.

—¿Has visto eso? —susurró Etiennot a Marcus, olvidando por un momento su jerarquía. Por unos instantes, todos los integrantes de la flota fueron simplemente humanos.

—Sí, es... —respondió a medias el otro buscando un término que los abarcara— terrible... majestuoso...

Durante varios minutos, toda la tripulación de la flota permaneció absorta contemplando su primer encuentro. La pri-

mera vez que la humanidad posaba sus ojos en una nave no humana. Simultáneamente, los fríos sistemas de la flota analizaron los intrusos bajo todos los espectros que conocían. Poco a poco, Etiennot fue recordando por qué estaba allí, y que eso, fuera lo que fuera, era hostil.

–Bien... este es el enemigo –le dijo Etiennot a Marcus–. Quizás no era lo que esperábamos... si es que realmente esperábamos algo. No sabemos nada de él. Sólo que destruyó nuestros satélites en un abrir y cerrar de ojos, y eso lo convierte en algo muy, muy peligroso. Quizás pueda pulverizarnos a nosotros también... no lo sé. No pienso quedarme quieto para averiguarlo.

Y sin proponérselo tomó una decisión, y volvió a ser el otro, Lord Fenris, el líder de la Corporación más poderosa de la Tierra. Su voz recuperó la entereza, y resonó por toda la red neural.

–A toda la flota, les habla su Comandante en Jefe. Código Fénix, esto no es un simulacro. Repito: Código Fénix, esto no es un simulacro.

–Nave Insignia. Todos los sistemas armados y listos –respondió una voz de inmediato.

Uno tras otro, las distintas secciones de la flota se fueron reportando con mensajes similares. “Escuadra Alfa, lista”, “Escuadra Delta, todas las unidades preparadas, Señor”, “Escuadra Epsilon, sistemas armados y listos para la acción”.

–¿Algo relevante antes del primer impacto? –dijo Etiennot a Marcus.

–Todavía no –respondió el otro–. Quizás debemos atacar y ver cómo reaccionan. Toda nuestra experiencia es inútil en este caso. No sabemos a qué nos enfrentamos.

–Tal vez... Y tal vez si los pulverizamos de un solo disparo ya no puedan responder... ¿No lo crees?

–Bien –le dijo Marcus con una sonrisa–. Es una táctica inicial...

–Tienes el comando –le dijo Fenris.

Marcus comenzó a dar las órdenes.

–Escuadrones Alfa y Delta: todos los cruceros dispararán sus cañones de iones simultáneamente sobre Bandido 1 a las 5:32 horas central. Escuadrones Gama y Sigma, dispararán sobre Bandido 2 a las 5:32 horas central.

–Afirmativo, General. Treinta y cuatro segundos para el impacto.

–Veremos qué tienen que decir a eso –dijo Marcus.

–Espero que nada... –le contestó el otro.

Los treinta segundos restantes parecieron a Fenris una eternidad. El silencio en el puente de mando y en la red neural fue casi absoluto. Su expectación creció conforme la cuenta regresiva llegaba a su fin. Finalmente, una voz neural rompió el silencio.

–Cinco segundos para impacto... tres... dos... uno... ¡Fuego!

Una miríada de pulsantes destellos atravesaron el espacio como pequeños chorros de pura energía, impactando simultáneamente en ambos objetivos. En un fogonazo envolvente de un profundo color azul, toda la energía fue disipada sin dejar rastros. Ambas naves permanecieron intactas.

–Negativo, Señor. El objetivo rechazó el ataque.

Antes de que Marcus pudiera responder, dos brillantes proyectiles de plasma verde partieron desde los cruceros alienígenas e impactaron furiosamente contra dos de los cruceros que habían participado del ataque. Esa era su respuesta.

–Reporte de daños.

–Crucero A-VI escuadrón Alfa 85% operativo, Señor. Motor secundario inutilizado.

–Crucero D-III escuadrón Delta reporta daños superficiales en el blindaje, sobrecarga en el sistema de enfriamiento de los cañones de iones a estribor. Algunos de los tripulantes resultaron heridos con el impacto. Estableciendo informe preliminar.

–Algo por nada no es un trato justo –dijo Fenris–. Prepara los cañones de anti-materia.

–No estamos en rango, Señor. Y yo no acercaría la flota mientras existan otras opciones.

–¿Entonces?

–Los objetivos han comenzado a moverse. Sugiero enviar a los cazas.

–Enviarás una colmena de avispas a atacar un dragón –dijo Fenris pensativo–. Bien, que así sea.

Las numerosas compuertas de las fragatas se abrieron, y comenzaron a vomitar al espacio gruesos chorros de lo que Etiennot vio como un furioso enjambre de insectos, y que en realidad eran cientos de cazas tripulados.

La nube de pequeñas luces se acercó furibunda a una de las enormes naves alienígenas y sin previo aviso comenzaron a disparar sus cañones de proyectiles anti-materia contra la superficie. Las hileras de pequeñas explosiones fueron absorbidas gradualmente por los destellos azulados, pero no todas. Algunas lograron penetrar el blindaje. La nave comenzó a disparar grandes proyectiles de plasma contra el enjambre que la acosaba, cobrando pocas o ninguna víctima con cada impacto. Los cazas eran cientos, y se movían demasiado rápido.

–Parece que esta vez los tenemos –dijo Marcus–. El análisis revela que el ataque físico sucesivo al escudo lo debilita lo suficiente como para atravesarlo.

–Bien, ordena que se dispersen lo más posible, y concentren su fuego en la proa de la nave.

–Sí, Señor.

Pero una explosión sacudió la nave y los detuvo en seco.

–Dos nuevos objetivos han surgido de la nada en nuestros sistemas. ¡Nos están rodeando!

–Reporte de daños.

–Nave Insignia 93% operacional. Alfa A-I inutilizado, impacto directo en el sistema de navegación. Aún estamos estimando los daños totales.

–¡Maldición! Marcus, encárgate del ataque con los cazas, yo dirigiré la dispersión.

–Afirmativo.

Las órdenes fueron dadas y las naves comenzaron a romper en tres formaciones. En eso un terrible chorro de energía atravesó perpendicularmente uno de los cruceros, de lado a lado. Los reactores entraron en fusión, y los restos de la explosión fueron disparados hacia todas partes.

–¿¿¿Qué diablos fue eso??? –atinó a decir Fenris, y su grito se propagó por toda la red neural.

–Hay un nuevo bandido... es... es... Mierda, Señor, es enorme... –dijo uno de los tripulantes mientras sus monitores mostraban la nueva amenaza.

–Trescientos setenta kilómetros de diámetro... –susurró Marcus, y su voz pareció flaquear. El tamaño era inconcebible aún para el guerrero más experimentado. No eran parámetros de construcción humana. Etiennot permanecía en silencio. Habían caído como moscas en la red de un gigante. Por primera vez, sintió verdaderamente miedo. Pero esta vez era una clase diferente de miedo, una clase que nunca había conocido hasta el momento en plenitud: el miedo a la muerte.

El gigante concentró su energía nuevamente y emitió otro mortífero rayo. Otro de los cruceros fue atravesado como un cascarón hueco, y desapareció de la red neural.

–Control absoluto de los sistemas de navegación. Comando a toda la flota, formación hexagonal, orientación [5, 9.1, 3.5]. Navegación, potencia total. Preparar salto al hiperespacio –urgió una fría voz maquina. Era la voz de Marcus.

Etiennot tardó en reaccionar.

–¿Te has vuelto loco? ¡Nos diriges directo hacia... *eso!* –exclamó-. Te estoy relevando del...

–¡Espera! –gritó el otro física y neuralmente. El efecto fue psicológicamente ensordecedor. Luego agregó–: Tengo un plan.

–Pero ir hacia allí es... –su voz se ahogó en un susurro y no completó la frase. Era inútil. Cayó en la cuenta de que, locura o no, estaban perdidos. Si no podía ayudar, lo mejor que podía hacer era no interferir.

La flota se formó y se dirigió directamente hacia la monstruosa nave alienígena. En comparación, eran un pequeño e inofensivo grupo de moscardones. Otro disparo alcanzó una de las fragatas de lanzamiento y la partió en dos.

–Activación de todas las cabezas de bombardeo. Código Martillo de Thor. Sistema, centra el objetivo en el punto de origen del último disparo.

–Adquiriendo objetivo... –respondió la voz femenina del procesador central– ...programando misiles de propagación anti-materia... 24% de las compuertas listas... 32%... 36%...

Hubo otro disparo, y un nuevo crucero se desintegró en pedazos.

–Marcus... –dijo Etiennot intentando controlar su voz– ...a esta distancia...

–La explosión nos pulverizará. Lo sé.

“Espero que sepas lo que haces...”, pensó Etiennot, y a partir de ese momento se limitó a observar.

–63%...

La frente de Marcus transpiraba sudor frío, pero él ignoraba que tuviera un cuerpo: su concentración era absoluta. Estaba apostando la vida de todos en una sola jugada, y lo sabía. No tendrían una segunda oportunidad.

–79%...

Hubo otro disparo, esta vez una de las naves de suministros desapareció por completo. Etiennot abrazó sus rodillas, como un niño indefenso, y cerró fuertemente los ojos, pero la implacable imagen neural del monstruo siguió inundando su nervio óptico. Ellos podían ser los próximos.

–93%... 100%... sistemas listos para el disparo.

–Fuego... –dijo Marcus con voz neutra. Miles y miles de misiles se desprendieron en todas direcciones del enjambre, y con errático y zigzagueante vuelo corrigieron de inmediato su dirección hacia un solo punto en la nave alienígena. Etiennot sólo pudo ver el comienzo del terrible fogonazo, más intenso que cincuenta soles superpuestos, y gritó al sentir que se quemaban sus ojos, cuando repentinamente la oscuridad del salto hiperespacial lo envolvió y con un violento golpe perdió todo rastro de conciencia.

El mundo era oscuridad. Sólo oscuridad. Y esa sensación de letargo. Su mente flotaba anquilosada en un mar espeso y envolvente. Debía irse de allí, sí. Lo estaban persiguiendo. Debía escapar. Pero no, no podía. Cada vez que intentaba moverse se embarraba aún más, si se seguía hundiendo se ahogaría. “Puede verme...”, se dijo “está cerca, lo siento...”. Pero estaba desorientado. Corrió, corrió... y no llegó a ninguna parte.

Vagamente, comenzó a adquirir conciencia de su cuerpo adormecido. Eso era, necesitaba un cuerpo. Con él podría escapar. Pero no podía recordar cómo moverlo. Intentó mentalmente mover un brazo, pero no era real, estaba moviendo un

brazo imaginario. Era un sueño. Su verdadero cuerpo estaba allí, fundido con su sueño. No, debía despertar. Debía concentrarse y despertar. Debía salir o se ahogaría. Lo atraparían. “No puedo moverme, me alcanzará”, se dijo. Entonces, algo sucedió. Era una luz brillante. Era fría, muy fría. Sintió el dolor. Una fina aguja que lo atravesaba. Sí, el dolor era real.

–Está volviendo en sí –dijo una voz.

–Yo opino que deberíamos transferirlo ahora –respondió otra–. No podemos arriesgarnos.

–No –respondió una tercera–. Antes debo hablar con él.

Reconocía esa voz. ¿Dónde la había escuchado?

–Déjennos solos, yo me ocuparé de él.

Otra de las voces comenzó a replicar.

–Pero, Señor, debemos...

–¡Es una orden! –respondió terminantemente.

El rostro de Marcus flotó desde de los umbrales de su memoria. Sí, no había dudas, era la voz de Marcus.

Los otros hicieron silencio y abandonaron la habitación. Intentó mover la lengua, y su boca le supo a sangre. Sin abrir todavía los ojos, comenzó a articular una palabra.

–Marcus... –dijo, pero su propia voz no fue más que un gruñido.

Le dolía todo el cuerpo.

–Tranquilo, Señor. Lo ayudaré a incorporarse.

Etiennot sintió como un par de brazos lo ayudaban a sentarse, mientras el mundo giraba y giraba lentamente. Abrió los ojos para evitar la sensación de mareo e inmediatamente recordó la luz. No, sus ojos no se habían quemado. Miró desorientadamente hacia el exterior. Instrumentos, tubos, una cámara criogénica. Estaba en una sala de cirugía. Observó hacia la puerta, y vio el estandarte bordado del lobo dorado sobre un campo negro. Así que todavía estaba a bordo del Crucero

Insignia. Y no lo habían transferido, ¿por qué? Ah... sí, había estado inconsciente. Creyó recordar algo sobre los peligros que ello suponía.

–Estamos vivos... –dijo como toda explicación de sus procesos mentales.

–Sí, Señor. Nuestra primera batalla casi prueba ser la última... –contestó el otro–. Pero estamos vivos.

–Gracias a ti –le respondió Etiennot. Ahora recordaba una buena parte de lo ocurrido. El ataque, el salto, su cuerpo despedido en el interior de la cabina. Se habían salvado por menos de un pelo. No, por mucho menos...

–Fue solo la primera batalla –dijo el otro–. Aún estamos en guerra...

Etiennot terminó de incorporarse, pero su mirada continuó clavada al suelo. Su rostro comenzaba a recuperar la inteligencia.

–Dime, ¿qué ocurrió después? ¿Lo destruimos?

–Tenemos las filmaciones que emitieron los cazas. Luego de que la flota pasara al hiperespacio, la nave alienígena resistió varias olas de impactos. Suficiente como para reducir todo un planeta a escombros. Una tecnología realmente notable la de esos escudos... Pero finalmente las explosiones penetraron la barrera y el arma principal voló en pedazos. Luego, por lo que pudimos observar, hubo una reacción en cadena interna. El monstruo no explotó, pero ahora no es más que un asteroide calcinado flotando a la deriva. Ya no nos traerá más inconvenientes.

–Bien, me alegra que ya no debemos preocuparnos por eso... ¿Y los cazas? Según recuerdo no saltaron con nosotros cuando el infierno se desató...

–Así es, Señor. Me temo que más de la tercera parte fue destruida con las explosiones, y asumo toda la responsabilidad

por eso. El resto continuó la lucha y destruyó dos de sus cruceros antes de que escaparan... –sonrió– buenos muchachos. Debemos condecorarlos cuando vuelvan, Señor. He enviado ahora al Escuadrón Epsilon para rescatarlos y traerlos aquí, a la órbita del quinto planeta.

A pesar de las pérdidas, eran excelentes noticias, y ambos lo sabían. Habían vencido, aunque esa fuera sólo la primera batalla. El accionar de Marcus había sido irreprochable, y más aún: había sido heroico. Sin él, todos hubieran muerto. Etiennot se felicitó mentalmente por su elección. Sin embargo, sabía que Marcus no lo habría despertado para decirle solo eso.

–¿Qué ocurre, Marcus? No estás aquí para darme un simple reporte.

Era imposible ocultar algo a Lord Fenris. Marcus no se cansaba de recordarlo. Esbozó una sonrisa.

–Tenemos otra flota en nuestros sensores, Señor. Todas las fuerzas de Omega han venido a saludarnos...

–Debí suponerlo –dijo Etiennot, casi aliviado. Presentía que esa batalla no había sido todo lo que verían de las naves enemigas, pero no deseaba enfrentarse a los alienígenas nuevamente, tan pronto. Y ni hablar de enfrentarse a una nave como la última: esperaba no volver a ver de cerca una de esas nunca más en su vida, si podía evitarlo. Bien, se preocuparía por todo eso luego, ahora debía analizar el nuevo peligro inminente: su propia raza.

Habiendo utilizado todos sus misiles, y perdido buena parte de sus fuerzas, el prospecto de enfrentarse a Omega no resultaba alentador. Aunque de todos modos, esta vez, y por primera vez desde que todo había comenzado, pisaba sobre terreno conocido. Eso, al menos, era reconfortante.

GLOSARIO DE TÉRMINOS WADAR

Aclaraciones previas: nótese que las palabras de la lengua original utilizadas a lo largo de este texto (incluyendo las detalladas a continuación) no tienen una traducción conceptual exacta, por lo que es de esperar que tampoco posean un equivalente lingüístico, como aquí se pretende. Se detallan explicaciones que, a pesar de no ser completamente fieles al significado, se ajustan a la comprensión que el lector puede alcanzar sobre estos temas sin ser él mismo un Wadar o un Iluminado.

Anaxalimma: (/anacshalima/) Ver *Lynnaxenowa*.

Anaxia: (/anacshia/) El Mundo Antiguo. Planeta que aloja el templo en que Anaxalimma se liberó de sus limitaciones mentales y físicas y pasó a formar parte del Fuego Sagrado de los Iluminados.

Año-warino: Denominación simplificada del tiempo que tarda Warima en ejecutar una revolución completa a su estrella, que es de 1.7 años terrestres aproximadamente.

Arak: (/arac/) Torre.

Dairan: (/dairan/) Sin límites.

Dairankar: (/dairan-car/) Ver *Lynnakaidar*.

Daireva: (/daireva/) La Senda del Infinito. Nombre con el que se denomina el destino de servicio de los guerreros Wadar,

y en especial de todos los Fydaiwaldankar. Es un concepto basado en el honor y la obediencia, e implica la aceptación de la predestinación como camino a la perfección. Como recompensa de su fiel seguimiento, el guerrero Fydaiwaldankar cree que su consciencia pasa luego de su muerte a formar parte de las energías superiores que rigen el Universo.

Dara: (/dara/) Vida, existencia.

Eva: (/eva/) Visión, vista, sentido.

Evatarida: (/evatarida/) Nombre con el que se denomina la visión profética de los Wadar. Se cree también que da nombre al rito secreto que envuelve dicha visión, pero son sólo suposiciones ya que ni los Wadar ni los Durmientes han querido dar a conocer nunca detalles sobre estos temas.

Fydai: (/fidai/) Ocaso.

Fydaiwaldankar: (/fidai-ualdancar/) Los Guerreros de la Luz. Nombre con que se denomina a la más antigua orden honorífica de la casta guerrera de los Wadar.

Fydar: (/fidar/) Los guardianes de la vida. Una de las cinco tribus de los Wadar. Ver *Wadar*.

Ga: (/ga/) Origen, principio.

Gawa: (/gaua/) Alma, espíritu, esencia.

Gawaiama: (/gauaiama/) La Red de Almas. Estado superior de consciencia, donde en un trance místico y contemplati-

vo, reside la consciencia colectiva de los Wadar. La Gawaiama representa la verdadera y más profunda unidad de la raza, y se la considera la razón de su naturaleza superior. Se cree actualmente que es el acceso a esta forma de consciencia el verdadero regalo que Trewizzar obsequió a Anaxalimma antes de partir.

Ia: (/ia/) En referencia a, perteneciente a.

Iama: (/iama/) Cruzar, entrelazar.

Ji: (/shi/) Vara.

Jigawa: (/shigaua/) Arma noble del guerrero Wadar, que consiste en dos proyecciones de plasma desde el antebrazo de la armadura, recordando con su forma a dos cortas espadas incandescentes. Generalmente eran utilizadas en ambos brazos simultáneamente, aunque se conocen excepciones.

Kar: (/car/) Terminación honorífica que suele agregarse como sufijo a los nombres de los wadarim. Guerrero.

Keda: (/queda/) Congelado, detenido, petrificado, solidificado.

Kyra: (/quira/) Observar, ver, estudiar.

Lynna: (/lína/) Fuego, llama.

Lynnakaidar: (/lina-caid^{ar}/) Estado último de entrega de los Wadar donde la tremenda cantidad de energía concentrada y luego proyectada violentamente consume también el cuerpo del ejecutor. Es el sacrificio último de un guerrero Fydaiwal-

dankar, y es considerado el mayor de los honores, pasando el ejecutor a ser considerado automáticamente como un Dai-rankar (“Guerrero Infinito”).

Lynnaxenowa: (/lina-cshenoqua/) La Llama Oscura. Denominación original de la sacerdotisa profética que liberaría el secreto de los Antiguos, sellando con ello el destino de Warima. A causa de este papel, fue denominada también Anaxalynna (La Llama antigua) que más tarde declinó en el nombre de Anaxalimma, con el que se la conoce actualmente.

Mira: (/mira/) Venir, acercarse, aparecer.

Mor: (/mor/) Negación, contradicción.

Na: (/na/) Cielo, bóveda.

Naxos: (/nacsos/) De larga data, antiguo.

Niven: (/niven/) Comprensión, entendimiento.

Rie: (/rie/) Consciencia, lucidez.

Rima: (/rima/) Lugar, sitio, emplazamiento.

Rywi: (/riui/) Los hablantes. La última de las tribus de los Wadar en acatar la autoridad del Vawaldara. Ver Wadar.

Taro: (/taro/) Aparentar, parecer, tomar la apariencia de otra cosa.

Tero: (/tero/) Lo existente, entidad.

Teroiama: (/tero-iama/) El Todo.

Tyst: (/tist/) Cerco, barrera, escondite.

Va: (/va o ua/) Racimo, bifurcación, conjunto.

Vanta-Mirowa: (/vanta-miroua/) El Brillo Interno y el Brillo Externo. Nombre que recibe el equilibrio entre las energías internas y las energías externas a cada entidad. Dada la íntima relación que parece existir entre la fuerza de voluntad de los Wadar con su nivel de producción energética, estos consideran al mismo tiempo la fortaleza espiritual y la energía interna como una misma cosa. De ahí que varios de ellos se hayan visto desconcertados al encontrar una raza inteligente y espiritual que contradecía estos principios tan básicos y universalmente aceptados.

Varinn: (/varin/) Los que esperan. Una de las cinco tribus de los Wadar. Ver *Wadar*.

Vawaldara: (/vaualdara/) El Consejo de la Luz. Título con que se autodenomina el gobierno de Warima.

Vawalkeda: (/vaualkueda/) Libro sagrado de los Wadar del cual no se conserva ningún registro.

Vawalyana: (/vaualiana/) Templo sagrado donde se reúne el consejo del Vawaldara en Warima.

Vir: (/vir/) Dejar, abandonar, olvidar.

Virrie: (/virrie/) No entender.

Virriyana: (/vir̥i-iana/) Rito de purificación, establecido probablemente por el Vawalkeda, con fines que hoy en día podrían ser tildados de religiosos. Este ritual habría caído en desuso mucho antes del establecimiento del Vawaldara, aunque siguió conservando vigencia en algunas de las castas más ortodoxas.

Wa: (/ua/) Luz, energía, voluntad.

Wadar: (/uadar/) Vástagos de la Aurora. Nombre con que se conoce a la raza nativa de Warima. Notar que no es un término opuesto, como se cree generalmente, al vocablo Xenodar (cuyo significado sería algo así como Vástagos de la Noche). Las energías características de la luz y la oscuridad, que forman parte integral de cada ser de esta raza, no conservan nuestro concepto científico de luz y oscuridad, sino que parecen ser distintas orientaciones de un mismo tipo de emanación energética desconocida. Las cinco tribus de los Wadar, que la leyenda atribuye a la progenie de los cinco dioses guerreros engendrados por el Gawaiama que dieron origen al Universo, lucharon efectivamente durante largos siglos hasta unificar su gobierno mediante el Vawaldara. Aunque sólo cuatro de las tribus permanecieron en el Vawaldara: la tribu de los Xenodar fue desterrada de Warima, y las otras cuatro no volvieron a tener contacto con ella hasta los eventos relatados en este libro.

Wadarim: (/uadarim/) nombre que recibe cada integrante de la raza de los Wadar.

Wanta: (/vanta/) Brillo, fulgor, calor.

Wara: (/uara/) Aurora.

Warie: (/uarie/) Iluminar, transferir o conceder luz (o energía, o entendimiento).

Warima (o Warina): (/uarima/) La Tierra de la Aurora. Nombre que recibe el planeta original de los Wadar.

Wantanarima: (/uantanarima/) Tormenta, lluvia de luz o de fuego. Ira.

Wir: (/uir/) Viento, susurro, voz.

Xenaia: (/cshenaia/) Fin.

Xeno: (/csheno/) Oscuridad, tinieblas, frío.

Xenodar: (/cshenodar/) Los guerreros de la oscuridad, también conocidos como los herejes. Una de las cinco tribus que fue expulsada de Warima por el Vawaldara, acusados de pervertir con sus prácticas las puras artes de los Wadar. Ver Wadar.

Xenofydaikar: (/csheno-fidaikar/) Equivalente Xenodar de los Fydaiwaldankar. A pesar de considerarse a los Xenodar como una civilización independizada de los Wadar, ambas ramas conservan todavía ciertos principios básicos comunes y equivalentes, como el sistema de castas.

Xenoji: (/cshenoshi/) Arma ritual del guerrero Xenofydaikar, similar a una espada de una proyección energética en un espectro completamente desconocido. Todavía se conserva el ejemplar que fuera otorgado a Anaxalimma en el Museo de Historia Sagrada. Aunque el acceso a la pieza es uno

de los privilegios más celosamente guardados de la orden de los Iluminados, y se sabe que sólo unos pocos en la historia la han visto personalmente.

Yar: (/iar/) Magnánimo, grande, venerado, anciano, sabio.

Yarak: (/iarac/) Medida de distancia establecida a partir de la altura de la torre homónima situada en el Vawalyana, el templo de residencia del Vawaldara, que equivale a 1,2 kilómetros aproximadamente.

Yiro: (/iïro/) Referido al interlocutor. Ej: “tú”.

ÍNDICE

Notas previas: sobre la pronunciación	9
Preludio.....	11
La llamada	15
Lynn	23
El encuentro.....	31
La cacería	41
El retorno a las estrellas	61
Susurros en la oscuridad.....	71
Estasis	79
Un momento de claridad.....	89
Kali.....	93
Destino: Perséfone.....	99
Perséfone	103
El Jardín de Perséfone.....	115
Interludio: Despertar	119
La roca en el estanque	121
El lobo y el guardián	127
Conjunción	139
Interludio: La Sombra.....	147
Dies Irae.....	149
Carta a Velma	155
La destrucción de Cyra.....	157
La voz de los antiguos.....	159
Emboscada.....	165
Interludio: ángel de oscuridad.....	169
Revelaciones	173
Interludio: El Muro	185
Contraataque.....	187

La batalla de los bosques de Tyst	201
Réquiem.....	209
El legado de Anaxia.....	215
Interludio: Reunión	225
La visión.....	229
El comienzo	235
Epílogo.....	237
Glosario de términos Wadar	239